

SIN MÁS RESPUESTA QUE ELECO

EXPLICACIÓN DE TODOS MIS TROPIEZOS

Oscar Bustamante
Sudamericana, Santiago, 1995
190 págs.

En su novela más reciente, *Explicación de todos mis tropiezos*, Oscar Bustamante nos habla de una sucesión de fracasos que el protagonista prefiere llamar tropiezos. Estos tropiezos marcan la pendiente que precipita a Carlos Overmead en su irresistible caída, en su particular infierno, muy terrenal y dolorosamente cercano, y donde aún hay luz para medir el tamaño de la desgracia.

Carlos Overmead fracasa porque ha sido expulsado del paraíso. Cada cual tiene el suyo, y cada uno vive a su manera —parafreando a Camus— la pérdida de su reino y la caída en su propio exilio. En este caso el protagonista pertenece a una familia anglosajona de fuerte raigambre en el campo chileno. La expropiación de sus tierras transforma al protagonista en este expulsado del paraíso. Paraíso o reino que no son en un sentido literal la tierra perdida, sino sobre todo esa vocación, ese destino que unía su frustrado futuro a la conversación de esas tierras. Fuera del reino sólo puede haber calamidad y caída, y ésta se va consumando de manera inexorable. Uno de los méritos mayores de la novela de Oscar Bustamante es la acertada resolución de la estrategia narrativa. La primera y más bien ingenua aproximación al texto nos sugiere la lectura de una correspondencia. Cinco largas cartas, enviadas desde lugares de permanencia transitoria del remitente, que definen a su vez los cinco capítulos o partes de la obra: Desde la pensión. Desde la clínica. Desde la parcela. Desde la comisaría. Desde el exilio. Pareciera que estamos en presencia del género epistolar tan desarrollado por la novela del siglo XVIII. Y sin embargo es todo lo contrario. La novela epistolar tenía la pretensión, bastante frecuente en la historia del género, de eliminar al autor. Se trataba de



crear la ilusión de que aquello que se leía eran cartas, es decir, textos autónomos, no creados por un autor, escrituras anteriores a cualquier tratamiento literario y agrupadas azarosamente por alguien que tuvo la fortuna de acceder a ellas y publicarlas en el orden lógico que dictaba su secuencia. En la ficción de Bustamante, al igual que en otras novelas de nuestro tiempo, se busca lo contrario: abrir un espacio textual para la plena elaboración literaria, crear un discurso que no se amarra a las formalidades del género epistolar, sino que pretende darle al hablante un escenario en el cual su voz pueda entonar todas las variantes de ese pentagrama imaginario que permite la composición de un texto narrativo.

Más que simples cartas, se trata de la escritura de alguien que busca un destinatario, un compañero, y por eso lo construye en su afán dialógico, lo justifica, se justifica a sí mismo haciendo que el texto sea la defensa muy singular de un acusado que intenta recusar las imputaciones de su propio juicio. Más que eso, es también, durante largos pasajes, una confesión, una súplica, el amistoso saludo de quien desea ocultar su condición terminal. Hay tal deseo de comunicación y compañía en el habla de este solitario, hay tanta búsqueda de consuelo, que no espera ya la palabra del otro y se satisface mediante las razones de su propio discurso. Toda esa libertad, todo este abanico de inflexiones posibles, constituye el espacio libre creado por Oscar Bustamante para componer la paradójica polifonía de este hablante solitario, de este solista patético.

Uno se siente inclinado a pensar que ha oído cinco cartas en las que un remitente en crisis relata las circunstancias de su peripécia puntual, ya sea desde una pensión y desde el exilio, desde la cordillera o desde un manicomio. Y lo que en realidad hemos leído es una biografía. Una biografía literaria, claro está. Pero en todo caso, la vida completa de una figura que hace de su relato una confesión, pero también una profesión de creencias y valores que es urgente resguardar y que paradójicamente, en amalgama con sus debilidades e infortunios, lo conducen al abismo.

Arthur Miller nos ha enseñado que la construcción del personaje dramático o literario se realiza de manera análoga a la biografía que un fiscal configura de su acusado. No importa si le gustaban los helados de chocolate o de frutilla, pero si que a los doce años intentó incendiar un granero. No importa si su primera novia era rubia o colorina, pero si es muy importante contarle al jurado que en la segunda salida le robó su pulsera. Es verdad: somos los fiscales severísimos de nuestros personajes, pero también los abogados defensores que encontramos, frente a cada mequetrufo señal, un gesto de generosidad o de ternura que también nos habla del acusado. La armonía, la cuidadosa composición del discurso inculminatorio con las palabras que atenúan la culpa y liberan del castigo, es el arte del autor de ficciones, ocurren en el escenario o en las páginas de un libro. Y Oscar Bustamante ha sido capaz de juzgar a Carlos Overmead con la severidad que nos causa un sentimiento de irritación hacia el personaje, pero también con la compasión que nos permite albergar un respetuoso silencio ante la inminencia de su caída. Más que eso, el deseo de ampararlo, de sentir con él —eso es en verdad la compasión, el padecer con el otro, con el dolor y la suerte del otro—, el deseo de actuar de otra forma el papel de primo Francisco, para adelantar el gesto de la cercanía que Carlos Overmead buscó a lo largo de su vida, sin encontrar más respuesta que el eco de sus propias, dolorosas palabras.

Carlos Cerda

Sin más respuesta que el eco [artículo] Carlos Cerda.

AUTORÍA

Cerda, Carlos, 1942-2001

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sin más respuesta que el eco [artículo] Carlos Cerda. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile